



Foto de Daniel

PARQUE INFANTIL

Con mi nieto Kylian, me vengo a este parque infantil del Paseo de la Isla, en Burgos. No hay nadie. Es de mañana y hace un frío que pela. Y un airecillo que, en los jardinillos rellenos de hojas caídas de los árboles, los barrenderos se esmeran, sobre todo uno, Timoteo, al que vi

cogiendo la sombra de Rosina, una mujer no muy joven del barrio de San Pedro de la Fuente, de treinta y dos años, que vino, el otro día, a proponerle sexo y que, agarrándole de la polla le llevó al otro lado de la charca donde se mojan una ninfa y dos sirenas o sirenos, pareciendo dos pájaros raros montados uno sobre la otra armándose un lío con el triqui, triqui, con el cara, cara, con el pío, pío, con el quiri, quí.

Ya es hora, cuando veo llegar a los paseantes mañaneros, hombres y mujeres, que van desde el puente Malatos al Puente Bessos, y vuelta. A alguno les escucho decir: “Nunca podré morirme, mi corazón lo tengo aquí”. A otros decir: “Alguien me está esperando, me está aguardando para morir”.

Mi nieto, con la sonrisa en los labios, recorre los toboganes y los puentes. Tengo que estar pendiente de él, porque todavía es muy pequeño, y yo, como estoy un poco gordito y me duelen las rodillas y los pies, casi no puedo andar a pie. A veces, tengo que llevarle de la mano para que vaya gustoso, diciéndole que mañana volveremos, y él, moviendo la cabeza, dice que sí.

Mi nieto se ha dormido en el carro. Ya el sol juega con el brillo de las piedras que parecen calaveras. En un rincón donde está la maquinaria que hace fluir el agua, veo a un viejo que se abre la bragueta saludándome, el muy cabrón, con la flauta pajonal o pajillera, guapeando con la orina la senda que lleva a Punta Brava o al Hospital de San Juan de Dios, y al Instituto Castellano y Leonés de la Lengua.

Cuando se guarda la flauta, el viejo viene a mí y me dice:

-Como ves, muy a lo alto meo; soy de cabeza loca, lo sé; me he quedado viudo; ¡estoy soltero; las pajas y las penas se van, como la orina, por la misma senda. Las pajas son de nosotros; las penas son ajenas.

Al igual que mi nieto, se han dormido las piedras calaveras; y yo, paso a paso, me voy hacia la Calle El Patillas, donde viven mi hija y mi yerno.

-Daniel de Culla

